

Capítulo 47

¡Crash!

Las dos manos de Sergius quedaron destrozadas como si las hubiera aplastado una fuerza invisible, y un grito espantoso brotó de su boca.

«¡Aaaagh!».

No eran solo sus manos. Sus brazos, hombros y piernas estaban destrozados, como si los hubiera aplastado una prensa.

Un grito escalofriante resonó en toda la mansión de Yutia. Pero Yutia, al contemplar esta espantosa escena, se limitó a hablar con expresión tranquila, como si emitiera un juicio sobre Sergius, cuyo cuerpo estaba ahora completamente destrozado.

«Gritar así no hará que nadie venga a salvarte».

«¡Sálverme... por favor!».

Sergius, con el rostro desencajado por el terror, gritó a Yutia, que lo observaba desde el mundo rojo. Ya sumido en un dolor insopportable, le salían fluidos corporales por los ojos, la nariz y la boca. Hacía tiempo que había olvidado su dignidad como cardenal; lo único que podía hacer era gritar, desesperado por escapar de la agonía.

«¿De qué estás hablando?», preguntó Yutia, aparentemente desconcertada, mirando fijamente a Sergius, que se retorcía en el suelo, y volvió a abrir la boca.

«Obviamente, no vas a morir, ¿verdad?».

Mientras hablaba, una luz blanca comenzó a emanar de la mano de Yutia. La poderosa energía divina rápidamente comenzó a sanar el cuerpo de Sergius, pero...

«¡No! ¡No, detente!».

Sergius gritó aún más fuerte al ver que su cuerpo comenzaba a sanar. Entonces, en el momento en que su cuerpo se recuperó por completo...

—¡Gah...!

Sergius, lleno de terror, miró a Yutia con todo el cuerpo temblando. Era una imagen lamentable, muy lejos de la dignidad de un cardenal de Rosario.

Configuración de privacidad

El miedo al dolor insopportable y repetido ya había carcomido lo poco que le quedaba de dignidad y fe. Aunque había sufrido este tormento innumerables veces, seguía sin comprender la situación. Los caballeros sagrados que nunca llegaban, por mucho que gritara. La presión que le impedía mover el cuerpo como quería. La forma en que su cuerpo se retorcía como papel con un simple gesto de ella.

Nada de eso tenía sentido. Era como si todo fuera incomprensible.

Y así...



«Sálvame... por favor... sálvame...».

Simplemente suplicaba clemencia. Aunque no entendía del todo por qué estaba siendo sometido a tales horrores, imploraba perdón, como si pidiera la absolución a un dios.

Sin embargo...

¡¡Crrrunch~!!

«¡Aaaaaaaah!»

Contrariamente a la desesperada esperanza de Sergius, su cuerpo comenzó a comprimirse lentamente una vez más. Con los oídos zumbándole por sus propios gritos de locura, oyó la voz de Yutia.

«Te lo sigo diciendo, no vas a morir. Todavía tienes algo que hacer».

Su voz era dulce para los oídos de cualquiera.

«Pero...»

Suave, pero...

«Tendrás que expiar el delito de intentar hacerle daño».

Su voz le provocó un escalofrío.



«¡Aaaaagh!».

Los gritos de Sergius resonaron una vez más.

Había pasado aproximadamente un mes desde que Alon regresó a la finca del conde. Había dedicado ese tiempo a recuperarse del cansancio de su largo viaje por el desierto, al tiempo que investigaba el origen de la «Entidad Abisal», que se suponía que aún no debía haber aparecido, junto con los indicios de amenazas extranjeras que había oído de «Eso». Ahora, Alon se preparaba para abandonar la finca una vez más.

Había dos razones para su partida. Una era asistir a la conferencia de magia, a la que había sido invitado por Liyan Aguilera, la hija del señor de la Torre Roja. La otra era hacer acto de presencia en una reunión social antes de la conferencia.

Reunión social.

En realidad, era más preciso llamarlo un evento social de la nobleza que un término grandilocuente como «reunión». Los nobles solo se reunían para fortalecer sus amistades.

El único aspecto ligeramente singular era que, a diferencia de las típicas reuniones nobiliarias, esta permitía la participación de personas ilustres que no pertenecían a la nobleza.

«Realmente no quiero ir».



Alon chasqueó los labios mientras lo pensaba. Pero, aun así, la razón por la que se sentía obligado a asistir a la reunión antes de la conferencia de magia era que, como jefe de Kalpha, necesitaba mantener cierto grado de decoro.

Configuración de privacidad

Le gustara o no, ya era el líder de Kalpha.

Por supuesto, eso no significaba que se obligara a hacer cosas que realmente no quería hacer.

Hasta la mitad del proceso, estaba lleno de pensamientos sobre tener que hacer cosas en contra de su voluntad, pero eso cambió por completo gracias a una sola carta que le llegó a Alon.

«Hoo...».

Alon miró la carta mágica que le alegró el ánimo con solo verla. No estaba encantada ni nada por el estilo; era simplemente una carta en la que se indicaba que Alon se había convertido en el líder legítimo de una facción, junto con los detalles sobre los pagos regulares que ahora recibiría.

«Impresionante».

La cantidad de dinero mencionada en la carta, que un líder de facción podía recibir legalmente, superaba con creces su imaginación. Fue suficiente para que finalmente comprendiera por qué los líderes de las dos facciones que antes no podía entender se habían aferrado a sus puestos con tanta obstinación durante años sin dimitir.



«A este ritmo, podría pasar por todo tipo de infiernos cada día y seguir aguantando».

Alon se preguntó cómo funcionaba la estructura de la facción para generar tanto dinero. Pero, dejando a un lado esa curiosidad, se sintió satisfecho una vez más al imaginar el dinero que recibiría en el futuro. Justo cuando guardaba la carta en su abrigo, sintiéndose contento con este alivio financiero...

—Conde, ¿no es esa la carta que recibió hace dos semanas?

«Sí, lo es».

«¿Y todavía lo llevas contigo?».

«Me tranquiliza».

Ante esta respuesta inesperada, Evan lo miró con una expresión extraña.

«A veces, es difícil saber si habla en serio o no, conde».

«Bueno, no estoy ni especialmente en serio ni en broma».

Ante eso, Evan se encogió de hombros y cambió de tema.

«Ahora que lo pienso, ayer, mientras estábamos en el pueblo, escuché algunas historias interesantes».

«¿Historias interesantes?».



«Sí».

«¿De qué tipo?».

«Bueno, todavía es solo un rumor y no lo he confirmado con el gremio de información, así que aún no es seguro, pero parece que Deus ha derrotado a Reinhardt».

«¿Reinhardt? ¿Te refieres al «One Sword» de Caliban?».

«Sí».

«... ¿Deus derrotó a la Espada Única?».

Ante la pregunta de Alon, Evan asintió con la cabeza.

«Como dije, no lo he confirmado con el gremio de la información, así que no es 100 % seguro... pero teniendo en cuenta lo extendido que está el rumor, creo que es probable que sea cierto».

Configuración de privacidad

«Mmmm...»

Alon pensó en Deus, con quien había perdido contacto de forma natural tras su expedición juntos al norte hacía medio año.



«¿No es Reinhardt demasiado difícil de vencer?».

Por supuesto, Alon sabía que Deus era fuerte. Era uno de los Caballeros Maestros, al igual que Reinhardt, y Alon había sido testigo de primera mano de la fuerza de Deus.

Sin embargo, Alon, que había aprendido lo poderoso que era Reinhardt a través del juego «Psychedelia», no podía evitar sentirse un poco confundido. Por lo que él sabía, Reinhardt poseía una fuerza a un nivel completamente diferente al de los demás Caballeros Maestros.

Pero, por otra parte, no creía que los rumores fueran necesariamente falsos.

«Si se ha vuelto lo suficientemente fuerte como para derrotar a Reinhardt en solo medio año... ¿cuánto talento tiene?».

Mientras Alon se maravillaba del talento de Deus, Evan continuó con más noticias.

«Hay algo más».

«¿Se trata de Seolrang? ¿O de Yutia?».

«Bueno... parece que Yutia podría estar involucrada, pero en realidad es otra historia».

«?»

Curioso, Alon escuchó atentamente y, después de oírlo todo, volvió a preguntar incrédulo.



«¿El duque de Limgrave fue llevado a la Nación Santa?».

«Sí, y no es un rumor, parece que realmente lo llevaron».

«¿Por qué...?»

«He oido que recibió una «carta de conversión»».

«¿Una carta de conversión...?»

«Ya sabes, la carta que envía la Santa Nación cuando hay sospechas de colaboración con herejes. Eso es lo que recibió».

«¿Así que lo llevaron a la Santa Nación?».

«Sí, aunque se dice que fue por voluntad propia, en esencia es lo mismo que haber sido arrastrado hasta allí. Por lo que he oido, ocurrió hace unas dos semanas, así que probablemente no verás al duque de Limgrave en la reunión».

Alon asintió con la cabeza, como si pensara que eso no era del todo malo.

En realidad, se había mostrado algo reacio a reunirse con el duque Limgrave o el marqués Filboid por el momento. Cada vez que los veía, lo miraban como si estuvieran listos para devorarlo.

«...»



Por supuesto, por mucha animadversión que le mostraran, en realidad no le causaba ningún daño a Alon. Pero, aun así, seguía siendo incómodo estar en el mismo espacio que alguien que se mostraba abiertamente hostil hacia él.

«Quizá así sea más cómodo».

Murmurando para sí mismo, pronto divisó las lejanas tierras de la finca Verityun, donde se celebraba la reunión. Poco después, llegaron a la finca del marqués Verityun, donde tenía lugar la reunión, y se dirigieron directamente al salón de baile.

Configuración de privacidad

«Hemos llegado, conde».

Ante las palabras de Evan, Alon salió naturalmente del carroaje.

«Hay mucha gente».

En cuanto salió, no pudo evitar fijarse en la gran multitud que se había reunido ante él.

También había mucha gente en el evento de la Gran Iglesia, pero en esta reunión había aún más.

«Sin duda hay muchos no nobles aquí. Allí hay mercenarios, aquí comerciantes y allá... magos e incluso sacerdotes».

Alon observaba mientras caminaba, fijándose en la presencia de muchos asistentes que no parecían nobles. Al poco tiempo, llegaron a su destino.

Como si los estuvieran esperando, Alon se encontró con el duque Artia, vestido de negro, y con el conde Zenonia.

«Ya has llegado».

«¿Has estado bien?»

«Sí».

Alon respondió brevemente a los saludos informales de las dos figuras sombrías. Aunque ya sabía que había subido al mismo barco que ellos, seguía sintiendo una inexplicable sensación de intimidación cuando se encontraba frente a ellos.

Probablemente se debía a los sutiles malentendidos entre ellos, que le hacían desconfiar de forma natural. Desde el punto de vista de Alon, no podía permitirse que descubrieran que efectivamente había algún malentendido.

Así que, tras intercambiar unos simples saludos, Alon se entretuvo recogiendo aperitivos por el salón de baile y charlando con ellos.

Pero entonces...

«Ah».

Por desgracia, Alon cruzó la mirada con el único hombre al que menos deseaba encontrarse: el marqués Filboid.



Hasta hacía un momento, el duque Artia y el conde Zenonia habían estado conversando, pero en cuanto vieron al marqués Filboid, cerraron los labios. En el momento en que el marqués comenzó a caminar hacia ellos, sus expresiones se tensaron.

Aunque Artia y Zenonia eran sin duda poderosos en los bajos fondos, en la arena política seguían estando por debajo del marqués Filboid. Habiendo sobrevivido a innumerables batallas políticas, tenía la capacidad de infiligr daño tanto interna como externamente con nada más que sus palabras, y eso los ponía tensos.

Al mismo tiempo, varios de los nobles que asistían a la reunión se dieron cuenta de que el marqués Filboid se acercaba al conde Palatio.

«¡He... he perdido...! ¡Por favor, perdóneme...!».

El marqués murmuró abatido, y no solo los nobles que lo habían estado observando, sino también el duque Artia y el conde Zenonia, se quedaron impactados por lo que oyeron.

No era de extrañar: todos los nobles presentes eran muy conscientes de la influencia que el marqués Filboid ejercía en el mundo político. También sabían que, desde que el marqués había comenzado su ascenso al poder, nunca había inclinado la cabeza ante nadie.

Configuración de privacidad

Así que, cuando todos los nobles que presenciaron la escena se volvieron asombrados hacia Alon, quien aparentemente había hecho que el marqués se declarara derrotado...



«... ¿Yo? ¿Qué... he hecho?».

Alon, que había estado respondiendo distraídamente a la conversación de las otras dos mujeres mientras comía financiers, solo podía mirar completamente confundido.